

VIDAS POR CRISTO (III)



EL P. Joseph Wresinski, o la búsqueda incesante del más pobre

"¿Cómo dar testimonio del amor, ser provocador en esta sociedad y destructor de ídolos?" Así se expresaba el P. Joseph Wresinski, en una carta de 1981. Este podría ser un buen resumen del recorrido de este hombre al que se le llamaba simplemente el P. Joseph, desde su nacimiento el 12 de febrero de 1917 en una familia muy pobre hasta su muerte el 14 de febrero de 1988 mientras continuaba dirigiendo el Movimiento ATD Cuarto Mundo que había fundado 30 años antes.

Jean-Claude Caillaux

Nacido de un padre polaco a menudo sin trabajo y de una madre española "*constantemente humillada por su pobreza*" (Felices los pobres)", el niño Joseph conoce muy pronto la existencia de lo que es el sufrimiento y el enclaustramiento, también la exclusión producidos por una pobreza dura y pesada. "*Falta de dinero, vergüenza y violencia una familia ligada al barrio por la limosna, no por la amistad.*"

Lo arbitrario de la limosna, la violencia de las miradas de los que ayudan y su incomprensión de quienes sufren...tantas heridas inscritas en su memoria harán que nazca en él una voluntad entregada a destruir en sus raíces la gran pobreza.

Después de su certificado de estudios, a los 13 años, comienza el aprendizaje de pastelero, unido a la Juventud Obrera Cristiana y decide entrar en el Seminario:

"Combatir para que nunca más una familia fuera semejante a la mía, y lo ordenaron de sacerdote de Jesucristo muerto y resucitado. Era el 29 de junio de 1946.

Ejerció su ministerio en parroquias obreras y rurales durante 6 años, en el curso de los cuales no cesó de ir en busca de los pobres, convencido de que *"un pobre esconde siempre a uno más pobre"* y alentado por la exigencia interior de *"descender siempre a lo más bajo de la humanidad sufriente"*, se une a los despreciados y a los excluidos para compartir con ellos la pena y la vergüenza.

En 1956, el obispo le propone que se vaya a algunos kilómetros de París (Noisy-le-Grand), en un campamento de urgencia en donde había 252 familias albergadas en malas condiciones y sufrían el ostracismo más completo. *"Era intolerable"*, escribe más tarde cuando recuerda estos primeros tiempos en Noisy-le-Grand, y *"una manera de compartir este drama diario"* fue crear con algunas familias una asociación, para sobrevivir.

Esta asociación llegará a ser el Movimiento ATD Cuarto Mundo, Movimiento de los Derechos del hombre, no tanto para defender los derechos de los pobres sino para todos,

los muy pobres y los no pobres, para que se conviertan en actores de los Derechos del hombre para los demás.

Así reunió un voluntariado internacional que se une en comunidad con la finalidad de atender a los más pobres. Estos hombres y mujeres que se le unen en este perímetro de la desgracia no comparten necesariamente la misma religión ni la misma fe, tampoco las mismas opciones políticas o filosóficas... Esta diversidad de las raíces de ellos y ellas que vienen al campamento para apoyarlo le parece muy esencial: era-le parecía- la respuesta al *"derecho de los más desfavorecidos al estar en el centro de todas las creencias e ideologías y el derecho de los hombres de estar unidos a pesar de las diferencias"*. *"Lo que nos une y supera nuestras diferencias, prosigue, es nuestra elección de un mismo testigo de nuestra sinceridad, (...) por tanto de nuestra calidad humana"*.

No crea pues un Movimiento de Iglesia. Poco a poco se teje también de una red de aliados, personas de todos los lugares que *"se comprometen para que la miseria no se considere como algo fatal"*.

En 2006, este Movimiento está implantado en 116 países, a través de un Forum Permanente de la Gran Pobreza; el voluntariado (350 voluntarios permanentes) está en 27 países de los cuatro continentes.

Desde que el P. Joseph llega al campamento de Noisy-le-Grand, a pesar de la ausencia de medios y la hostilidad de muchos, va a cambiar totalmente la cercanía tradicional de la caridad: responder a la falta mediante la limosna, a los problemas mediante soluciones administrativas... Hay que remediar con urgencia, pero sin perder nunca de vista que

la prioridad es permitir a los muy pobres que se conviertan en motores e inspiradores de los caminos que hay que tomar para que se venza la miseria. De esta forma, este campamento y las diversas implantaciones del Movimiento a lo largo de los años, a través de la palabra y de la presencia del P. Joseph y de los que se le unen, llegan a ser lugares de donde se expande la llamada de poner a los más pobres en el centro, a *"tomar su pensamiento como punto de partida para todas nuestras políticas, su esperanza como eje de toda acción"*, dejándoles que se cuestionen todo lo que se ha concebido sin su participación efectiva.

El P. Joseph comprendió en seguida que lo que puede liberar a este pueblo cercado en su aislamiento, es introducirlo en la participación de un proyecto político que tome por compañero real, desde aquí y ahora, y dejar de ser el objeto de ayudas siempre individualizadas. También se le impone el hecho de que los más pobres no lo lancen sólo a estar a su lado para sobrevivir, sino a su lado para hacer cambiar un país y proponer un proyecto de civilización para que nadie viva en el futuro una tal condición de exclusión.

"Respetar a los pobres y hacerlos respetar, es imposible, a menos que se les mande entrar, juntos, en el combate por la justicia, la verdad, la libertad y el amor".

El libro *Los pobres son la Iglesia* es a la vez una relectura de la experiencia del P. Joseph y la descripción de la espiritualidad del Movimiento que él ha creado. No es cuestión aquí de cualquier nueva teoría sobre la pobreza, al igual que no se describe el Movimiento ATD Cuarto Mundo como la *"respuesta"* a las graves cuestiones que la

persistencia de la miseria plantean a todas las sociedades... Es más bien *"una invitación permanente a la colaboración en una búsqueda"*.

Habitado por *"una confianza sin límites en los hombres"*, el P. Joseph está profundamente persuadido de que ningún ser humano es indiferente al sufrimiento de los más débiles y pobres, y que la unidad del género humano, soñado tanto por los políticos como por cada ciudadano, *"se adquiere por adelantado, está allí en donde las familias son más pobres. Al colocarlas en primer orden, estamos seguros de encontrarnos unidos y todos en igualdad"*.

Tales perspectivas se fundan en su fe y en una relectura de los Evangelios tal como se leen en la Iglesia, estos evangelios que *"orientan siempre hacia las afueras de la ciudad, hacia caminos escabrosos por los que nadie tiene ganas de ir"*, ya que *"para encontrar al Señor, (hace falta) ir al más oprimido"* y dejarse llevar por el misterio de su mismo ser: *"Se rebajó, tomando la condición de esclavo"* (Filipenses 2,7).

En fin, subrayamos, entre muchos otros armónicos, la visión unificadora del P. Joseph, tan característica de su manera de ser y de su proyecto. Porque la miseria indivisible del género humano se niega. Combatir esta traición es indisolublemente comprometerse por la destrucción de la miseria, no de un modo abstracto, sino mediante el compromiso en una comunidad de destino en donde *"no nos pertenece, pertenece a los más pobres dictar las prioridades"*.

La humanidad desgarrada no encontrará su unidad sólo cuando encuentre su unidad y consienta en unirse en torno a los más pobres. Lo que es una exigencia extrema pues dar lugar (a los más pobres) *significa siempre un cambio profundo de costumbres y estructuras*", *"implica (...) un cambio total de la sociedad"*.

Se trata realmente, en el P. Joseph, de un cambio paradigmático: dar prioridad al más pobre, al más débil y colocarlo en el punto de salida de toda empresa, pensamiento y proyecto relativos a la construcción de un barrio, de una ciudad, de un país, del mundo. Está bien, la persona o *"la familia más abatida, más desmembrada, más despreciada de la calle o de la ciudad será la que aparezca como la piedra angular"* de todos los esfuerzos, pues sólo ella puede ser garante de la exhaustividad.

No es de ningún modo cuestión de intentar bajar la escala social hasta la más pobres, pues hay que salir a pie de esta escala : *"Todo hombre que pone al hombre más pobre en el centro de su visión, no puede no verlo todo, ni englobar a todos los hombres"*.

Algunas citas del P. Joseph **Wresinski**

Toda teología nos lleva a encontrarnos con Dios en la pobreza de su Hijo. Y la Semana Santa ha sido siempre para la Iglesia el tiempo en el que llama no sólo a los creyentes sino a todos los hombres a vivir la prueba dada por el Hijo: el amor del Padre es infinito.

Pero, ¿podemos llevar en nosotros cualquier representación del amor infinito, a menos que

comulguemos con la inmensidad de la vergüenza infligida a los miserables? ¿Podemos inclinarnos ante el misterio del amor de Dios, sin inclinarnos ante el infinito e incomprensible esta de rechazo, soledad, sufrimiento ciego de los más excluidos? Me ha parecido que sin ellos, no nos imaginamos el amor de Dios menor sino otro que no lo es. Corremos el riesgo de equivocarnos, no por la calidad y profundidad del amor, sino por la misma naturaleza de Dios.

Los pobres, encuentro con el Dios verdadero.

La primera exigencia de la caridad es conocer, es decir, descubrir en el, prójimo, el contenido de su fe, su esperanza y su amor o quizá también su escepticismo, su desesperanza y su odio. (...) Estar cercano a su hermano, es conocer el contenido de su desesperación.

Ir hacia el Evangelio había sido, desde siempre, como volver a una tierra natal. En el universo en el que iba y venía el Señor, me encontraba conmigo, como en un ambiente familiar, totalmente presente.

Niño pobre, que crecía en un hogar en el que comíamos raramente, al lado de una madre constantemente humillada por su pobreza, encontraba en el medio ambiente de Jesús, los rostros y las voces de los míos, como no los encontraba en la escuela ni entre los habitantes más acomodados del barrio en el que vivía. Fue en el mundo que me rodeaba, más bien que en el Evangelio, donde necesitaba de traducción.

Felices los pobres.

El Evangelio, más que un texto que leer, ha llegado a ser una tierra en la que me encuentro con hombres y mujeres con los gestos y palabras más familiares.

Gracias a los pobres de una y otra parte, he aprendido a estar en el Evangelio. (...) Puedo decirles que les debo el Evangelio.

Jesús, las familias de Galilea, las familias pobres de las ciudades sub-proletarias en nuestros países industrializados...¿dónde empezaba, dónde terminaba el Evangelio? Para mí, era todo uno.

Por mi parte, a fuerza de vivir en un medio muy pobre, he aprendido a darme cuenta cuántos desgraciados por todas partes, cuántos sin defensa están en él enfermos, ciegos, discapacitados. No podía no afrontar la cuestión de los pobres, paralíticos, sordomudos en tiempos de Jesús. Los cojos, los epilépticos, los discapacitados mentales en las ciudades sub- proletarias me han servido de lección y de guía.

Estar entre estas familias (muy pobres en Noisy-le-Grand] devino, para mí, estar entre la multitud que rodeaba a Jesús.

No se puede amar, sino se tiene tiempo para mirar, comprender, penetrar las cosas, descubrirlas en profundidad e introducirlas en sí. El tiempo de transformarse en sí mismo, de llegar a ser un ser nuevo , ya que se ha conocido algo nuevo.

Jesucristo y la Iglesia nos piden que nos interroguemos sin cesar : ¿dónde está el Señor?

Cuestión: En tu opinión, ¿es un Cuarto Mundo?

Respuesta del P. Joseph: No podemos identificar al Señor así. Debemos encontrar a Jesucristo. No se trata de un paso intelectual ni de un aviso personal, sino de una experiencia. Y quizá el Señor no se encuentre allí donde queremos encontrarlo. Normalmente, nos lleva allí a donde no deseábamos ir. Pasó su vida sin querer ser el que sus contemporáneos deseaban. Jesús no es manipulable.

Los pobres son la Iglesia

Los malentendidos surgen y las buenas voluntades se usan pronto, cuando se trata de hacer causa común con una población muy pobre de la que ignoramos la experiencia de vida. Los instruidos se dejan llevar por sus propias ideas, terminan siempre pensando en el lugar de los demás.

Hay que saber sacar nuestra reflexión, así como nuestra práctica, experiencia de la población más pobre. No una idea que hagamos de su existencia sino su vivencia diaria real. (...)

Nuestro pensamiento y nuestra práctica deben ser aquellas en las que se encuentra a Dios, que no se puede negar. Eso nos obliga a sacar nuestro conocimiento de las poblaciones más marginadas y eso nos es muy difícil.

Yo mismo, me he tomado tiempo para comprenderlo, a pesar de mis intuiciones de niño.

Que Cristo asume la esperanza de los más pobres, ¿lo

proclaman los cristianos a gusto? Pero que se haya hecho semejante a ellos es mucho más difícil de admitir. Incluso en la Iglesia, la idea parece escándalo. « Jesús, un miserable; ¿está seguro de verdad? » (...) No pretendo responder (a esta cuestión). No tengo que probar que Jesús nació, vivió y murió como un hombre de miseria.

Lo creo, mis ojos lo ven, mis oídos lo entienden en el Evangelio. (...)

Jesús Hijo de Dios y hombre de miseria nunca me ha aparecido accesible a nuestro entendimiento. Su divinidad encarnada en su condición humana, ¿no es lo más profundo de los misterios, tema de contemplación más bien que de razonamiento? A fuerza de querer razonar antes de inclinarlos, tenemos camino.

¿Cuál es el designio de Dios? Es salvar a todos los hombres sin excepción. Y cuando digo: sin excepción, eso no quiere decir: incluido en ella a los más pobres pero también incluidos los más ricos. Para salvar a todos los hombres, Jesucristo quiso reunirlos en su humanidad. En su humanidad más auténtica que no está colmada de riquezas, dinero y honor. Debía tomar cuerpo en la humanidad más despojada de lo que no lo es, de todo poder económico, político y religioso. Esa humanidad, son los más pobres y no los ricos que la poseen.

En ellos, lo esencial no está empañado. Por eso Cristo podía encarnarse en ella sin pena.

Para abrazar y salvar a la humanidad, Jesús estaba obligado a hacerse el último de los últimos. Sino, hubiese sido reconocido por los ricos pero no por los más humildes.

En conjunto, hay que hacer la unión atrevida entre el más pobre y Jesucristo: forman uno.